



Año 1 N° 1. 2011

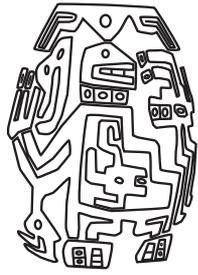
arqueología antropología



UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN SIMÓN
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ANTROPOLÓGICAS Y MUSEO ARQUEOLÓGICO



INIAM
MUSEO
UMSS
COCHABAMBA



Año 1 N° 1. 2011

arqueología antropológica



UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN SIMÓN
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ANTROPOLÓGICAS Y
MUSEO ARQUEOLÓGICO



2011 Instituto de Investigaciones Antropológicas y Museo Arqueológico
de la Universidad Mayor de San Simón
© INIAM – UMSS
D. L. 2-3-85-11 P.O.

arqueoantropológicas es una publicación anual del
Instituto de Investigaciones Antropológicas y Museo Arqueológico
Universidad Mayor de San Simón
Octubre 2011

Comité Editorial:
María de los Ángeles Muñoz
Walter Sánchez
Fernando Garcés

INIAM – UMSS
Jordán E-199, esq. Nataniel Aguirre
Telefax: (591-4) 4250010
Casilla: 992
Email: iniam@umss.edu.bo
Website: www.museo.umss.edu.bo
Cochabamba – Bolivia.

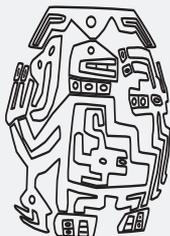
ISSN: 2225-0808

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático, sin autorización del titular del Copyright, bajo las sanciones previstas por las leyes.

Este número de *arqueoantropológicas* es publicado gracias a la cooperación de la
Agencia Sueca para el Desarrollo Internacional, ASDI.

Prohibida su venta

Impreso en la
Planta Gráfica de
Editorial Serrano Ltda.
Tel/fax (4) 4231936 - 4539895
c/L. Castel Quiroga 1887 (San Pedro)
Cochabamba – Bolivia



CONTENIDO

Presentación	5
Patrimonio y usos sociales de la arqueología: reflexiones a partir de la gestión de Incallajta-Bolivia MARÍA DE LOS ÁNGELES MUÑOZ	7
Poder local y presencia inka: el caso de los yungas de Cochabamba WALTER SÁNCHEZ CANEDO	23
Los estilos cerámicos “Tupuraya Tricolor”, “Sauces Tricolor” y “Cochapampa Tricolor” de los valles de Cochabamba, Bolivia CHRISTOPH DÖLLERER RAMÓN SANZETENEA ROCHA	55
Caciques, territorios y multiétnicidad en la frontera oriental: Pocona y Totorá en el siglo XVI MERCEDES DEL RÍO	99
Identidades políticas: del <i>ñuqayku</i> al <i>ñuqanchik</i> y viceversa FERNANDO GARCÉS V.	119
SECCIÓN INFORMES Proyecto Formativo: Informe preliminar sobre el sitio Orouta, Provincia Carrasco, Cochabamba RAMÓN SANZETENEA ROCHA DONALD L. BROCKINGTON	129
MISCELANEA In Memoriam a Donald L. Brockington	138

PRESENTACIÓN

El Instituto de Investigaciones Antropológicas y Museo Arqueológico de la Universidad Mayor de San Simón, en su nueva etapa, pone a disposición de académicos y público en general este esfuerzo de publicación continua, cuyo primer número tiene el lector en sus manos.

A través de Arqueoantropológicas, se dan a conocer resultados de investigaciones teóricas y prácticas en arqueología y en el amplio campo de la antropología, incluyendo historia, etnohistoria, etnología, etnografía, antropología física, lingüística, cultura, patrimonio, identidades.

La estructura diseñada, considera una primera sección central de artículos de investigación científica, a la cual le continúa una sección en la que se publicará un informe interno del INIAM y, finalmente, se cuenta con una Miscelánea.

El primer artículo constituye casi un editorial o ensayo reflexivo de quien suscribe sobre la Arqueología y sus usos sociales, así como las nuevas políticas institucionales tendientes a generar un conocimiento compartido y una gestión conjunta con los actores locales de los sitios investigados.

En el segundo artículo, Walter Sánchez, centrado en la teoría de la agencia en arqueología, visibiliza a los grupos locales del pie de monte –a diferencia de los grupos de los valles de Cochabamba– como agentes activos de los procesos históricos en el relacionamiento con la sociedad Inca y su inclusión en dicha sociedad, en base a la ausencia de evidencia de fuertes impactos del imperio inca en los yungas de Tablas Monte.

El tercer artículo, muestra los resultados de las investigaciones y la aplicación de una metodología para detectar características básicas en un estilo cerámico que siempre fue denominado como único, con la cual, Christoph Doellerer logra distinguir tres estilos cerámicos tricolores: Tupuraya, Sauces y Cochapampa coexistentes al interior de la Cultura Tupuraya, considerándola como un desarrollo regional de Cochabamba caracterizado por su cerámica decorada en el periodo denominado Intermedio Temprano.

Mercedes del Río, en el cuarto artículo por su parte, analiza el patrón productivo, la distribución y organización del territorio en el área fronteriza entre Pocona y Totora, mostrando una región compleja y multiétnica para el SXVI, producto de los desplazamientos para

el trabajo productivo cocalero y para el cuidado de la frontera por parte de la sociedad inca.

En el quinto artículo, Fernando Garcés toma el tema de la comprensión de las identidades, indicando su desplazamiento desde entidades fijas y esenciales hacia flexibles y de expresiones plurales, implicando la redefinición continua de los lugares de dominación y resistencia y, por lo tanto, la pluralidad de proyectos emancipatorios; plantea –antes que una teoría común– una teoría de la traducción.

El informe interno seleccionado para este primer número es el de Ramón Sanzetenea y Donald Brockington sobre los trabajos realizados en el sitio Formativo de Orouta, en el que presentan una comparación con otros sitios del periodo de la amazonía y valles de Cochabamba.

Se ha privilegiado para nuestra miscelánea, una pequeña biografía sobre el recientemente fallecido Dr. Donald Brockington, quien realizó investigaciones pioneras sobre el Período Formativo en Cochabamba durante dos décadas y a quien dedicamos este primer número como homenaje póstumo.

María de los Ángeles Muñoz

PATRIMONIO Y USOS SOCIALES DE LA ARQUEOLOGÍA: REFLEXIONES A PARTIR DE LA GESTIÓN DE INCALLAJTA-BOLIVIA

MARÍA DE LOS ÁNGELES MUÑOZ¹

Resumen

La arqueología lleva en sí misma los temas y responsabilidades patrimoniales y, por la naturaleza de su trabajo de campo, debe contemplar también, los sociales, como parte obligatoria y ética de su accionar. Por otra parte, la crisis de los estados nacionales y los fenómenos sociales relacionados con el deseo de presencia identitaria en base al patrimonio cultural, propios de estos tiempos, nos obligan a repensar la arqueología, su ética, el patrimonio, sus usos sociales y temas de identidad. En ese sentido se reflexiona sobre un modelo de gestión mancomunada y participativa de los sitios arqueológicos. En este proceso, por un lado tenemos a los actores locales y, por otro, a los científicos sociales interactuando; interacción que implica las relaciones de poder presentes en toda relación humana y que en este trabajo son tratadas a partir de las nociones de capital cultural y simbólico propuestas por Bourdieu.

Palabras clave: Arqueología, identidad, patrimonio, capital simbólico y cultural, Incallajta

Introducción

Por muchos años, la arqueología ha servido de instrumento para la justificación y legitimación de los Estados Nacionales; concretamente, en Bolivia, a partir los 50s, el Nacionalismo Revolucionario basó su discurso nacional en Tiwanaku, aunque es preciso mencionar que, desde hace por lo menos veinte años, la arqueología boliviana no ha seguido un norte definido y los proyectos arqueológicos basaban sus investigaciones en particulares intereses académicos, más que reproducir explícitamente un discurso estatal.²

De cualquier manera, con la crisis de los “Estados Nacionales”, el surgimiento de los reclamos autonómicos, identitarios y de naciones, nuestra ciencia –también en crisis– debe reflexionar sobre el nuevo papel que le toca jugar dentro de un proceso local (en el caso boliviano, además, dentro de la nueva coyuntura y Constitución Política del Estado) y global que no podemos ignorar.

Consideramos –sin desmerecerlas– que, ni la “Arqueología como ciencia Social” (Lumbreras 1981), ni las más recientes arqueología de la identidad (Hernando 2002), del paisaje (Vigliani, 2004), simbólica, o el re-surgimiento de la “agencia humana” y de las sociedades como protagonistas principales en las ciencias sociales (Giménez 1996), así como sus particularidades, localidades, diferencias, han incidido directamente en la realidad o dado respuesta/beneficios

¹ Instituto de Investigaciones Antropológicas – UMSS. E-mail: maamunoz@albatros.cnb.net

² Independientemente a la obsesión por Tiwanaku, no puede decirse que en el resto de Bolivia exista una presencia o discurso estatal o nacional, puesto que ni siquiera existe presencia de instancias que tienen que ver con la institucionalidad arqueológica del país; excepción en todo sentido constituye el INIAM en Cochabamba.

a las sociedades actuales protagonistas de los sitios que investigamos. Ellas tienen sus propias demandas respecto al patrimonio arqueológico, tanto abstracto (conocimiento), como tangible (monumento, objeto, etc.).

Si bien hubo un giro hacia la utilización del conocimiento y hacia reflexiones importantes en el acercamiento a nuestra interpretación del registro arqueológico, todavía queda inclinada la balanza hacia la arqueología, la teoría y la academia.

Por lo anterior, en este trabajo nos situamos en lo que podríamos llamar una “arqueología reflexiva”, donde, a nuestro entender, *el cambio o el uso social de nuestra ciencia no pasa estricta y/o únicamente por el pasado, sino por las expectativas de la gente, hoy, sobre ese pasado, y por la afectación de ese pasado y sus evidencias materiales, en la identidad actual de los actores locales.*

En esta búsqueda, el trabajo que realizamos en Incallajta –iniciado el año 1999– como una experiencia vivida, nos llevó a plantear un modelo que no parte de teoría pura empleada en arqueología, sino de la gestión cultural, lo que nos ha permitido la operativización de nuestra ciencia hacia lo que queremos entender aquí como “los usos sociales” de la misma; es decir, como la investigación y práctica científica conjuntas, con los actores locales, que promueven un conocimiento compartido y en términos de utilidad social, desde una perspectiva crítica y comprometida, que beneficie y responda a las demandas de las sociedades con las que trabajamos.

En este proceso, en que interactuamos arqueólogos y comunidades, no puede dejarse de lado el tema del poder, que es tratado adelante, a manera de ensayo, a partir de reflexiones sobre los capitales –especialmente del simbólico y cultural–, que Bourdieu propone.



Fig. 1. Vista general de Incallajta.

Antecedentes del caso de estudio

Incallajta constituye un Monumento Arqueológico Nacional de 30 hectáreas de extensión en el Municipio de Pocona, Provincia Carrasco del Departamento de Cochabamba-Bolivia (Fig. 1). Las investigaciones sistemáticas que se realizan desde el año 2000 en el Monumento y en otros sitios incas de la zona, han permitido contextualizar el significado de Incallajta, contar con la historia cultural del sitio, y ubicarlo como un complejo jerarquizado, de funciones públicas, rituales, domésticas, militares/defensivas, sugiriendo que este lugar fue el centro de manejo y control del aparato estatal inca en la zona (Muñoz 2004).

A nivel humano, Incallajta, hoy, se encuentra en medio de las comuni-



Fig. 2. Comunarios de la Sub-central Incallajta.

dades campesinas quechua-hablantes: *Quirusillani*, *Machajmarca*, *Leuque* e Inca Bajo (Fig. 2), cuyos sindicatos conforman la Subcentral Incallajta, nivel e instancia donde se efectúa la toma de decisiones, las que desde 1999 y hasta la actualidad, se realizan de manera conjunta y coordinada con el municipio y las entidades competentes; trabajo que es el sustento del modelo que se propuso³.

La investigación proviene de una experiencia práctica y posiblemente ése sea su mayor valor: el no haber

quedado simplemente en el enunciado teórico. Se originó en un proyecto planteado desde la arqueología; con los objetivos, métodos y técnicas propias de esta ciencia, pero que, dado el accionar permanente, fue precisando cada vez más un enfoque antropológico y que, por la necesaria proyección del mismo a los pobladores, devino en una particular investigación y práctica dentro del campo de la gestión cultural. Lo relevante del caso es que identidad y participación se han ido estructurando a través del patrimonio, demostrando la potencialidad única que los bienes culturales tienen de cohesionar y catalizar procesos. Se habla de un *proceso*, pues consideramos que toda gestión debe ser asumida como un proceso sobre el cual se adquieren responsabilidades.

Metodológicamente hablando, es de todos conocido que el punto fuerte de la antropología es su método de observación participante; sin embargo, la experiencia práctica nos ha llevado a proponer una metodología general de trabajo de investigación-acción, de una gestión participante (más que observación participante) con todos los actores involucrados; en nuestro caso, comunidades, municipio y arqueólogos; podríamos decir también una metodología de antropología aplicada.

La mirada impasible y el desarrollo

Una de las limitantes en nuestra ciencia en cuanto a “usos sociales”, es la impasible mirada con que realizamos las investigaciones. ¿En qué contexto/realidad social –micro y macro– las desarrollamos?; al internarnos a campo, ¿somos conscientes de la incidencia que ello puede tener en los actores locales o es que solamente nos preocupa la ególatra incidencia en la academia?

Los trabajos arqueológicos en campo, especialmente las excavaciones, han estado regidos por un trámite despersonalizado, despreocupándose por el impacto y repercusión socio-cultural de estas intervenciones y de sus potencialidades. Es el caso de muchos proyectos de arqueología

³ En el caso que nos ocupa, la Subcentral Incallajta, forma parte de la Central Campesina de Pocona, dependiente de la Federación Sindical de Trabajadores Campesinos de Cochabamba, la cual, a su vez, forma parte de la Confederación Sindical Única de Trabajadores de Campesinos de Bolivia. Muchas reuniones iniciales las realizamos a nivel de la Central Campesina de Pocona; sin embargo –aunque todavía algunas reuniones requieren la gestión a esta instancia– el nivel identificado, legítimo y la instancia máxima en relación con la toma de decisiones en este patrimonio, es la Subcentral, con la cual trabajamos.

logía, donde el arqueólogo llega a hacer sus “hoyos” (como refieren los pobladores), ofreciendo recompensa monetaria para poder ingresar a “su sitio” (como le dicen), y luego se va sin que nadie sepa de qué se trata ni en qué es utilizada esa información, convirtiendo a los pobladores en sujetos de “paga” y pervirtiendo cualquier relación patrimonial que pudiera establecerse.

Por ello, creemos que el cambio de mirada pasa necesariamente por una consideración más amplia de la realidad en que nos movemos (los investigadores y los actores sociales), por una profunda conciencia de los contextos en los que incidimos, por nuestras nociones de desarrollo, cultura, identidad, patrimonio y por la ética que debe regirnos (así como por la lectura de la producción actual de las otras ciencias sociales), ya que el propio devenir demuestra que si funcionamos como “islas” dentro de realidades sociales no habrá respuestas de la arqueología hacia la sociedad. Por ejemplo, la zona de Incallajta, tiene altos índices de pobreza, excesiva parcelación de tierras, falta de sistemas de riego, malos caminos para sacar sus productos, etc. y, sin embargo, el área tiene un considerable potencial a nivel de patrimonio cultural, susceptible de ser potenciado “turísticamente”, en el sentido que queremos entender en esta propuesta y que se verá más adelante.

Se considera urgente aquí la alusión a *desarrollo* y *cultura*, dado que este binomio, tan insistentemente repetido en varios foros, tanto por los trabajadores e investigadores de la cultura –que normalmente desconocen instancias, teorías y conceptos del desarrollo– como por académicos y especialistas en desarrollo –cuyo desconocimiento del contenido antropológico y de la cultura en general también es notable– normalmente está desprovisto de contexto y significado y unos y otros especialistas simplemente los mencionan, poniendo cada quien la balanza de su lado, sin aclarar su comprensión y mucho menos su relación, cuestión que es planteada hacia el final del trabajo.

Esto, sumado a lo anterior, nos obligó a mirar hacia un Desarrollo Humano Local “Comunitario” (Muñoz 2006, 2007; Téllez 2002), desde una perspectiva cultural más integradora, donde “desarrollarse” implica *desplegar y utilizar las capacidades potenciales para alcanzar un mejor y más completo estado*, lo cual significa verlo como un proceso, en relación al aumento de la capacidad de acción de la sociedad sobre sí misma.

Propuesta

La propuesta ha sido delineada y publicada en otras oportunidades (Muñoz 1999 a 2006); sin embargo, con fines de apoyo a la reflexión, aquí se la retoma esquemáticamente. Se trata de un modelo de gestión cultural mancomunada, con enfoque sistémico (Fig. 3), para un verdadero desarrollo humano integral, de beneficio para nuestra ciencia y para las sociedades con las que trabajamos. Modelo en el que se privilegia el nivel “medio”, propuesto por Albuquerque (1996), por sus posibilidades de intermediación entre lo macro y lo micro, permitiendo que se aprovechen las potencialidades de los otros dos niveles y *porque es de ahí donde se puede ofertar y crear modelos de gestión*.

Esto es muy importante porque, justamente, se tiene la convicción de que por el momento, y por lo menos a nivel de lo cultural, no se puede partir de un desarrollo “desde arriba” (la discusión sobre el fracaso del mismo es inagotable y sólo ha generado mayor pobreza y exclusión; hablamos de una planificación e implementación de proyectos y otros sin ninguna consulta a los actores locales), ni tampoco solamente “desde abajo” (que fue la tendencia en los

últimos años), porque, empíricamente, se percibe –al menos en las comunidades rurales– que el fracaso del mismo proviene de la reacción a siglos de exclusión y sometimiento en que, como país, no se habían brindado las oportunidades de ser ciudadanos plenos, de tener acceso (simétrico) a la información y, menos aún, de reflexionar sobre los propios anhelos, más allá de las necesidades básicas. Así, una vez que en Bolivia se decretó la Ley de Participación Popular⁴, en 1994, inmediatamente las demandas fueron comunes a la mayoría de los municipios: plazas, postas, canchas de básquet o fútbol, sedes sindicales, los propios edificios y vehículos de los municipios, etc.; necesarias, pero de ninguna manera suficientes. Por ello, una vez superada esta primera etapa y satisfechas algunas de las necesidades importantes –arquetípicas pero poco imaginativas– se abre el camino hacia los anhelos culturales de la gente.

Cultura, identidad y patrimonio dinámicos

Al no obtener mayores beneficios de la propia teoría empleada en la arqueología, se considera que el tema tiene necesariamente que pasar por ver cómo consideramos la cultura, la identidad y el patrimonio (ver Muñoz 2006), cuestión que conviene aclarar, dado el riesgo de entenderlos como algo estático e intocable, como todavía insisten en hacerlo algunos sectores.

La cultura es lo que le da identidad al ser humano; surge de la interacción social, según las exigencias del momento histórico; hablamos de la cultura pensada como *un sistema abierto*. De igual manera, siguiendo a Giménez (s/f), la identidad no es una esencia, un atributo o una propiedad intrínseca del sujeto, sino una unidad distinguible con carácter subjetivo y relacional que precisa la sanción del reconocimiento social. Lo mismo las identidades colectivas que se basan en el sentimiento de pertenencia o autoadscripción por diversas causas, pero sobretudo por apropiación e interiorización –al menos parcial– del complejo simbólico cultural. La identidad tiene construcción histórica, no es estática ni dogmática, se relocaliza por otros criterios y asume continua transformación e historicidad, por el propio proceso de apropiación e interiorización del complejo simbólico-cultural que distingue a unos de los “otros”.

Aceptada la noción de identidad dinámica, abierta, en permanente comunicación, podemos entender entonces que ciertas “entradas” tienen la capacidad de cualificarla, reforzarla, -o incluso recrearla-, y el Patrimonio, en tanto capital simbólico, es una de ellas. Pero un Patrimonio tampoco es estático, que sigue creándose todos los días. Y es justo por el dinamismo del concepto que el patrimonio cultural es un referente multivocal (Turner 1980), donde el mismo objeto o símbolo puede llevar significados distintos en contextos sociales diferentes, basándose en el código interpretativo del destinatario; a su vez ello remarca implícitamente la capacidad de respuesta de la población ante el patrimonio.

¿Y por qué no? Se lo puede ver también con un sentido utilitario, dado que el patrimonio existe en función de su uso social. Pero aquí no se habla de un patrimonio “prostituido” al mercado (turístico) y sin sentido, sino de un patrimonio entendido en nuestros propios términos, como la manifestación viva, objetivada, tangible o intangible, de una apropiación simbólica, jerarquizada y seleccionada por un grupo, como referente de identidad; es decir, aquel patrimonio dotado de contenido y significado, del patrimonio legítimamente apropiado y gestionado con total participación de sus protagonistas, como un emblema de identidad al futuro.

⁴ Ley que asigna recursos a los gobiernos municipales, basándose en el territorio y sus pobladores.

Y es aquí –a partir de nuestra propia disciplina– donde se quiere llegar: *es la transmutación de un sitio arqueológico a su “cualidad” de Patrimonio –en tanto capital simbólico y cultural interiorizado y objetivado (Bourdieu 2001:136)– de un pueblo o de los actores locales, lo que permite el uso social de nuestra ciencia y la incidencia en la realidad en la que intervenimos, puesto que ese proceso afecta la identidad.* Allí, el arqueólogo y, al menos, la historia cultural del sitio son imprescindibles, pues, sin investigación no sabemos ni podemos transmitir nada, menos aún propiciar su apropiación, ni realizar la gestión de ningún recurso patrimonial.

En ese sentido, introducir la función de uso social requiere operativamente –en nuestra experiencia– nuevos roles y figuras. La figura que se propuso parte de la gestión cultural, pero de una gestión participante. Es en ese nuevo esquema, donde la arqueología puede jugar un papel fundamental, encontrando una oportunidad única de refuncionalizar sus saberes, con una visión fresca de hoy, de lo que la gente desea desde lo profundo de su ser, en nuestro caso, sobre su patrimonio.

La gestión cultural

La gestión cultural, muy en boga en estos días, debe ser tomada con mucha cautela, especialmente aquella tendencia iberoamericana, donde se observa un transplante a-crítico de las metodologías desarrollistas de gestión empresarial (marco lógico, ciclo del proyecto, planificación indicativa, planificación por proyecto, etc.) y demasiado direccionada a consumo cultural e industrias culturales (cine, música, literatura, arte, medios de comunicación etc.); con una visión muy poco antropológica y todavía muy elitista de la cultura, que no corresponde a nuestras realidades y sin mayor creatividad a las herramientas que se puedan retomar del desarrollo. Lo mismo pasa con maestrías en gestión del patrimonio, que ofertan típicas materias de desarrollo, planificación urbana y conciben el patrimonio más bien a nivel de arquitectura y *no como procesos culturales complejos y de alta responsabilidad.*

Sin entrar en mayor discusión sobre los “sujetos” de estudio o de “paga”, se piensa –como se mencionó al inicio– que los réditos mayores para lo anterior, se logran, más bien, con una gestión participante. En ese sentido, en la investigación realizada, la parte antropológica, sin ser estrictamente tal, está enfocada a partir de la gestión cultural.

Por ello, en nuestra propuesta, retomamos la definición de gestión cultural de Guedez como “el conjunto de acciones que potencializan, viabilizan, despiertan, germinan y complejizan los procesos culturales, dentro de su particularidad y universalidad... Hace referencia a la animación, la mediación, la promoción, la administración, la habilitación, y el liderazgo de los procesos culturales” (Guedez 1994: 262).

La figura clave en este aún incipiente paradigma es la del gestor cultural, como aquel que: “impulsa los procesos culturales al interior de las comunidades y organizaciones e instituciones a través de la participación, democratización y descentralización” (Manizales 2005).

Conviene resaltar que si bien nos adscribimos a esta definición, para nosotros la misma puede claramente dividirse –entre otras– en gestión de eventos culturales, gestión de industrias culturales y/o, en lo que nos interesa, gestión de procesos culturales.

De lo que no cabe duda es que el gestor cultural es un *agente de cambio*, “que debe construir su propio modelo de gestión de acuerdo con el conocimiento que tenga del análisis de las condiciones y circunstancias en las que han surgido” (Abello 1998: 1).

Cabe aclarar aquí que no se pretende que todos los antropólogos y arqueólogos se tornen en gestores culturales, pero sí que, al menos, algunos de ellos —como en cualquier sector, ya se dijo— se ocupen de la gestión, gerencia y administración de nuestras ciencias y con la gente. Por su parte, aquellos interesados y ocupados únicamente en su investigación, siempre pueden recurrir a otros investigadores/estudiantes/colaboradores de campo que puedan realizar la gestión-interacción de sus Proyectos con los actores locales, ya que este proceso implica una enorme inversión de tiempo y esfuerzo.

Premisas y requisitos del modelo... a partir de Incallajta

El gestor cultural, al igual que las comunidades con las que trabaja, es poseedor de capital y eficacia simbólicas, además de capital social, cultural, etc.; estos capitales deben ser identificados, reconocidos y respetados entre ambas partes para una buena interacción en el proceso. Pero, además, el gestor debe ser ético y transparente y debe estar en el “medio” de todo el proceso y proyecto. Por su parte, las comunidades deben tener participación activa, plena y absoluta, entendida como base del capital social. Deben tener toda la información para su involucramiento en el proyecto, en nuestro caso, para que la noción de patrimonio, cobre cada vez más sentido de vivencia y pertenencia. Deben tener empoderamiento, en tanto capacidad de las personas para elegir entre opciones mediante la participación directa en los procesos de toma de decisiones.

La planificación es un aspecto crucial en todo el proceso de gestión; debe ser totalmente participativa, una herramienta “para lograr los sueños” (Licona 2001: 2). Además, a nuestro entender, ésta debe ser conjunta y mancomunada. De hecho, ya el devenir histórico y social de nuestros países demuestra que no se puede trabajar más *sin* las comunidades (sean indígenas o no), es decir, sin los actores locales directos, y esto queda cada vez más claro para cualquier temática o recurso que se quiera investigar, trabajar y gestionar.

Al interior de la planificación, algo fundamental es la comunicación; debe ser interactiva, un “diálogo e intercambio de saberes” entre lo técnico y lo empírico (desde la práctica y para la vida); es un proceso entre la creatividad sistemática y la improvisación (García Motta, en Cox 1996: 12). La participación y el valorar los saberes locales promueven la apropiación del proyecto y aseguran la protección y conservación sostenible del patrimonio hacia el futuro.

Queremos reflexionar aquí sobre algunas cuestiones: arriba hemos subrayado la necesidad de proporcionar *toda* la información a los participantes locales y de ser éticos y transparentes (condición *indispensable* para contar con la confianza de los pobladores), ya que se advierte la tendencia a “quedarse” con información clave, misma que permite permanecer con “poder” y seguir manipulando los destinos ajenos. Por otra parte, está la tendencia de decenas de instituciones (especialmente no gubernamentales), a no capacitar a las comunidades en aspectos de gestión, gerencia, dirección, administración. Esto irremediablemente nos lleva a preguntarnos si todavía no hemos vencido nuestros “temores” a que los actores locales manejen sus propios destinos.

El enfoque sistémico en el modelo

Dado que lo más importante es tener en cuenta que cuando ingresamos a una comunidad removemos un sistema que funcionaba perfecta y orgánicamente sin los especialistas u oficiosos, que son procesos complejos y que tenemos que ser absolutamente responsables ante ello, brevemente indicamos cómo se ha considerado la parte sistémica en nuestro accionar.

Tradicionalmente la cultura corresponde a un sistema abierto, al que por lo tanto le afectan las “entradas”, propiciando cambios que se denominan “transformaciones”. Al considerar el enfoque sistémico, implícitamente se tienen en cuenta los siguientes conceptos:

- Homeostasis: es la tendencia que tiene un sistema para alcanzar ciertos grados de equilibrio.
- Sinergia: entendida como la cooperación o concurso activo y concertado de varios órganos para realizar una función; el objetivo alcanzado por un todo.
- Contingencia: es el riesgo; tiene que ver con lo incierto y, por consecuencia, con el futuro o lo posible; corresponde a una zona en la cual se desconoce lo que va a pasar, puede ser un hecho positivo o negativo.

Como se visualiza en la Fig. 3, en nuestro modelo en el nivel de “arriba” se tiene al Estado, instituciones oficiales, Organizaciones No Gubernamentales, etc. y, en el nivel de “abajo” se tiene a los actores locales y protagonistas actuales, municipios y comunidades con sus propios saberes. En el nivel meso (medio) tenemos al gestor, que representa el *input* o la “entrada”, con sus conocimientos y cualidades y su capacidad de mediación entre lo macro “arriba” y lo micro/local “abajo”, es decir, entre los saberes e institucionalidades. Una vez provocada la “entrada”, ésta, por consecuencia, alimenta conocimientos, capacidades, produce los cambios y transformaciones en la cultura y el medio, en un equilibrio dinámico. La gestión mancomunada estrecha y permanente entre los actores de todos los niveles, es decir la suma de todos esos esfuerzos, es lo que en el modelo será la “sinergia”. Pero como se considera que ningún modelo es infalible, y más aún en este caso, debido a que el trabajo enfatiza en la participación y el modo del ser humano, no se puede dejar de lado el considerar la contingencia, prever las consecuencias.



Figura 3. Esquema del modelo propuesto.

Bajo estas premisas y modelo, se ha llevado la gestión del monumento Arqueológico Nacional de Incallajta, con los comunarios de la zona y las instituciones pertinentes desde el año 1999 y aún en la actualidad (ver nota final). El modelo propuesto no es una utopía, ya que proviene de una experiencia práctica que, con el trato cotidiano, el acercamiento que se ha tenido con los comunarios y el municipio, ha rebasado los objetivos y expectativas iniciales

de un simple proyecto de investigaciones arqueológicas, convirtiéndose en un proyecto integral de beneficios y esperanza extendidos a toda una región. ¿Cuál es hoy el significado actual de este bien patrimonial para los actores locales? En los inicios del proyecto (1999 y 2000) fue muy evidente la inexistencia de una memoria larga en los pobladores. Consultados sobre el significado del sitio, las respuestas no variaban de ser: “dice que son piedras de los incas”, “paredes o piedras antiguas a la orilla del río”, etc. La multivocalidad del sitio adquiere hoy connotación sobresaliente, ya que gradualmente se vislumbra el proceso de apropiación e identidad emergente que se está dando en torno al Monumento. La recuperación de sus tradiciones, el entusiasmo en la coordinación, la participación activa, la búsqueda del conocimiento del significado y función del sitio, la inversión de tiempo y esfuerzo en tareas de conservación y limpieza, la asignación de recursos y personal propios, la cesión de terrenos comunales para su deslinde, las normativas y restricciones por ellos puestas (contra pastoreo, cultivo y juego) en su afán de defender y proteger su patrimonio, la inversión de recursos en los desplegados informativos, etc., dan cuenta cabal del nuevo significado que Incallajta ha adquirido en el imaginario de los propios pobladores.

Incallajta apropiada, gestionada y manejada por los propios comunarios en interacción con nosotros, va pasando a convertirse en capital cultural y simbólico de la zona. Esta fuerza simbólica está materializada en el propio sello institucional de la Subcentral, y por qué no decirlo, en todo el territorio, ya que el logotipo identificable del Municipio de Pocona es precisamente la cabecera del edificio principal del Monumento. Cabe acotar que a principios del 2011 el Municipio ha invertido en la actualización del Proyecto de Señalética, Marca e Identidad y Museo a Cielo Abierto, diseñado hace un par de años por nosotros a solicitud de la Subcentral Incallajta, y que en el Gobierno Departamental de Cochabamba se ha introducido al Plan Operativo Anual, estando presto a ejecutarse este año (2011).

A manera de ensayo reflexivo

A raíz de la frecuente consulta en diversos foros y por parte de pares académicos sobre conflictos y problemas con las comunidades, actores locales e instituciones en este accionar y la gestión en Incallajta, en honor a la verdad se debe manifestar que en los once años que llevamos trabajando con las comunidades no se ha suscitado conflicto o problema importante alguno que se recuerde. Sin embargo, ello no puede empañar la realidad de que existen –como en toda relación humana– relaciones de poder que, al no tener malas experiencias en nuestro caso, intentamos entenderlas en base a consideraciones sobre las formas del capital y especialmente al capital cultural y simbólico propuesto por Bourdieu.

Bourdieu indica que complementario al capital social está el capital simbólico o cultural, y que los poderes sociales fundamentales son –entre otros– el capital económico, bajo sus distintas formas, y el capital cultural o capital simbólico, como formas que revisten las diferentes especies de capital cuando son percibidas y reconocidas como legítimas (Bourdieu 1988: 131).

El capital simbólico se entiende como la “propiedad cualquiera que, percibida por unos agentes sociales dotados de las categorías de percepción y de valoración que permitan percibirla, conocerla y reconocerla, se vuelve simbólicamente eficiente, como una verdadera *fuerza mágica*: una propiedad que, porque responde a unas “expectativas colectivas”, socialmente constituidas, a unas creencias, ejerce una especie de acción a distancia, sin contacto físico” (Bourdieu 1988:171-172)

Al definir los capitales económico, social y cultural Bourdieu (2001: 133-136) indica que es imposible dar cuenta de la estructura y el funcionamiento del mundo social a no ser que reintroduzcamos el concepto de capital en todas sus manifestaciones y no solo en la forma reconocida por la teoría económica. Así, el capital económico es directa e inmediatamente convertible en dinero (derechos de propiedad), el capital cultural puede convertirse bajo ciertas condiciones en capital económico (títulos académicos), mientras que el capital social puede ser convertible, bajo ciertas condiciones, en capital económico (títulos nobiliarios).

Aquí simplemente nos referiremos al capital cultural o simbólico, el mismo que puede existir en tres formas o estados:

- en estado interiorizado o incorporado, o sea, en forma de disposiciones duraderas del organismo; presupone justamente el proceso de interiorización y no es delegable ni se hereda, implica un costo personal en un afán de saber que se convierte en parte integrante de la persona, *habitus*.
- en estado objetivado, o sea, en forma de bienes culturales (cuadros, libros, diccionarios que son resultado y muestra de disputas intelectuales; es transferible); y, finalmente,
- en estado institucionalizado; es decir, en forma objetivada a través de títulos académicos, que son certificados de competencia cultural y reconocimiento institucional (Bourdieu: 136-148).

Retomamos solamente este tipo de capital, pues consideramos que, dada –por el momento– la obligatoria mediación en el patrimonio arqueológico⁵, la tensión y las formas ocultas de poder entre los científicos sociales (arqueólogos, gestores u otros) y los actores locales, se dan básicamente en éste y específicamente en su estado institucionalizado, mientras que las diferencias entre los otros capitales son más evidentes.

Arriba habíamos mencionado que, gestor y comunidades, son poseedores de capital simbólico cultural, social, económico, etc., mismos que deben ser identificados, reconocidos y respetados entre ambas partes para una buena interacción en el proceso. Pero no se trata únicamente de “respetar”, sino de –en la identificación de los mismos, distinguir los desequilibrios– detectar dónde está la trampa invisible del poder, aquello que no permite una relación ni siquiera simbólica más o menos pareja con quienes interactuamos, aunque quisiéramos y creemos tenerla.

Podría decirse que, a nivel de capital social, es al único nivel en que ambas partes en interacción están en cierto equilibrio y, aunque son evidentes las diferencias de capitales económicos entre comunarios o actores locales y científicos sociales, esta certeza hace menos perversa la diferencia –a nuestro entender– que la menos perceptible presente en el capital simbólico o cultural institucionalizado. Aclaremos.

En el caso que nos ocupa, el patrimonio así interiorizado por los comunarios, forma parte de su capital simbólico, es decir, constituye un capital cultural en estado incorporado, interiorizado en los actores locales, y el sitio patrimonial pasa a ser un capital cultural en estado objetivado, a la vez que económico (según Bourdieu, los bienes culturales pueden ser apropiados o bien materialmente, lo que presupone capital económico, o bien simbólicamente, lo que presupone capital cultural). O sea, se tienen todos los capitales, pero en el capital cultural se tienen únicamente los dos estados, no se cuenta con el institucionalizado.

⁵ Y seguramente es el mismo caso con técnicos, ingenieros y otros profesionales que trabajan especialmente en el área rural.

En la otra parte en interacción, que es la que nos toca, aparte de todos los capitales que cada quien posee y además de los dos estados de capital cultural arriba mencionados para los comunarios, se yergue poderoso el capital cultural o simbólico institucionalizado (¡los títulos académicos!), que se aborda aquí a partir del capital científico, en tanto “el capital científico es una especie particular de capital simbólico (del cual sabemos que se funda siempre en actos de conocimiento y reconocimiento) que consiste en el reconocimiento (o el crédito) otorgado por el conjunto de pares competidores dentro del campo científico” (Bourdieu 1997: 79), pero no nos referimos al campo de fuerza y lucha al interior del campo científico, o a sus ámbitos de poder internos o a sus leyes de acumulación (Bourdieu 1997: 73-87), sino más bien al lado de la ciencia y la academia que nos pone por encima, con los conocimientos y destrezas acumuladas, y nos vuelve comunidades autoritarias y jerarquizadas como bien anota el mismo autor al señalar: “en el ámbito de la investigación científica, los investigadores o las investigaciones dominantes definen, en un momento dado, el conjunto de objetos importantes, es decir, el conjunto de las cuestiones que importan para los investigadores...” (Bourdieu 1997: 78); es decir que los agentes hacen los hechos científicos, definen las reglas del juego, los lugares de publicación, etc. (Ibid: 80).

Ahora bien, en la interacción, las diferencias –entre el arqueólogo/gestor y los actores locales– de capitales económicos y culturales incorporados u objetivados pasan más por una relación de conocimiento, reconocimiento y respeto, de un buen entendimiento del significado de la interculturalidad y por una intención de propiciar una mejora en el caso del capital económico. Pero la ausencia en los actores locales de un capital cultural institucionalizado (en términos occidentales), crea dependencia, hace evidente la necesidad de este tipo capital, en nuestro caso, de la investigación arqueológica, la elaboración de proyectos solicitados por ellos, la mediación con las instituciones, que impone el propio y mal entendido modelo de desarrollo (economicista), con sus –occidentalizadas y ajenas a las realidades locales– exigencias, sus formulaciones de proyectos, marco lógico, diagramas de Gant, cálculos del Valor Actualizado Neto (VAN) y la Tasa Interna de Retorno (TIR), etc. etc., así como los requerimientos de UNESCO para los sitios patrimoniales (que es el caso que nos ocupa), en las que de una u otra manera irremediablemente –al menos por el momento– hace que la gente local dependa de los profesionales; y, en el caso del patrimonio arqueológico, de los arqueólogos. Esto debe cambiar, allí sí se puede y debe incidir, tanto en el proceso de construcción de capital institucionalizado occidental (formación), como en la institucionalización de los conocimientos y saberes locales.

Reflexiones Finales

En los últimos años se ha hablado mucho de arqueología “y” comunidades, binomio que a menudo se reduce –como una especie de dádiva– a la foto del arqueólogo con los pobladores, o a textos académicos (que en ocasiones reflejan el cargo de conciencia por el colonialismo eterno al que estamos sometidos, o un paternalismo absurdo), donde la conjunción “y” no tiene mayor sentido. Nuestra propuesta es la inclusión de la palabra *gestión*, como acción permanente y como la unión entre ambas. Así, por el momento, y en base a nuestra experiencia, se considera que la mejor forma de dar un uso social a nuestra ciencia, de operativizarla y de encontrar la relación y conexión entre arqueología/patrimonio y comunidades es a través de la gestión cultural; esta misma conjunción daría la relación entre desarrollo y cultura.

Queda claro que la explosión de identidades, diferencias, localidades, particularidades y las

ansias de protagonismo y autogestión de los seres humanos en tanto tales y su diversidad, vienen junto a la necesidad de encararlas académicamente y a repensar nuestros estudios en el caso particular de la arqueología. De parte nuestra, creemos más en el trabajo con la gente que en el ensimismamiento académico; sentimos que la academia de alguna forma nos paraliza, nos obliga a muchas referencias, citas, etc. y nos nubla estas otras narrativas, donde caben la intuición, la experiencia práctica, la evidencia empírica y un vocabulario simple.

No debemos olvidar que también nosotros conformamos una comunidad imaginada (Anderson 1997) en sentido inicuo, que despóticamente nos autoriza a tratar los hechos del pasado, como privativos de pocos “elegidos”. Es necesario que los arqueólogos reflexionemos sobre éstas y otras cuestiones, especialmente cuando no tenemos un caso específico, una referencia en la realidad concreta, pues siempre podemos quedarnos en la teoría sin saber si funciona o no y para quién; simplemente... no nos quedemos en la reflexión; eso es lo importante y no tanto lo académicamente válido y directamente apuntado al ego “científico”.

Un accionar como el de este modelo puede incidir en nuestras realidades latinoamericanas, pues obviamente, una gestión mancomunada estrecha y verdadera tiene consecuencias políticas hacia el cambio de paradigmas, propicia nuevos canales de creación colectiva frente a cualquier desafío y equilibra las tradicionales visiones dominantes del desarrollo. Consideramos que, especialmente en el caso de la arqueología, que por conllevar en sí misma temas y responsabilidades patrimoniales, por la naturaleza de su trabajo de campo y porque el accionar arqueológico puro no rinde beneficios directos a las comunidades locales, ésta debería ser parte obligatoria y ética de su accionar.

Aunque a veces no hacen referencia explícita al desarrollo —como en este caso— a nivel del Cono Sur se observa una tendencia a considerar el patrimonio, su necesaria puesta en valor e interrelación, con proyección de las comunidades, y a cuestionar el rol del arqueólogo, en tanto agente social. Casos concretos constituyen Chile (Ayala 2003; Ayala, Avendaño y Cárdenas 2003) y Argentina (para Jujuy, Aparicio y otros; para Tucumán, Arenas y Manasse; para Humahuaca, José y otros; para Hornillos, Mamani; para Santiago del Estero, Martínez, Ana Teresa y otros; para Chivilme, Mulvany; para La Banda de Arriba, Lo Celso y otros), entre otros.

Más aún, a partir de la experiencia y resultados exitosos en todos los sentidos mencionados, del accionar permanente en Incallajta y las potencialidades de éste, en Cochabamba se ha despertado la inquietud de arqueólogos, personas interesadas en turismo y otros, a trabajar en estrecha relación con municipios y comunidades. En el caso de investigadores relacionados con nuestra institución, el Instituto de Investigaciones Antropológicas y Museo Arqueológico de la Universidad Mayor de San Simón (INIAM-UMSS) se está encaminando el quehacer arqueológico hacia este proceso en zonas como Quillacollo (Piñami, Sierra Mokho, Cotapachi), Tarata, Mizque y en el trópico cochabambino en la zona de los yungas de Tablas Monte.

A nivel institucional, a partir de fines de 2008, esta política ha quedado formalizada a través del Protocolo de Proyectos de Investigación, para que este accionar tenga cierta obligatoriedad para los arqueólogos y antropólogos que se adscriben con sus proyectos al INIAM. Ésta es una instancia con total responsabilidad en estos temas e institución que, mediante el establecimiento de programas de gestión cultural, busca concretar alianzas estratégicas a corto y mediano plazo con diversos actores, sectores y organizaciones e industrias culturales, individuos y todo tipo de actores relacionados con el ámbito de la cultura. El futuro institucional

del INIAM está en encarar estos temas, no como la simple aceptación de propuestas académicas parciales e informes técnicos –muchas veces internos e inéditos, que han caracterizado la arqueología de nuestro departamento y país– sino hacia una gestión participante más integral, de manera mancomunada y con beneficios para las ciencias sociales y las comunidades y actores locales, como la mejor vía para cumplir con su propia misión. Sólo así podrá justificar su presencia ante toda la sociedad.

Cabe remarcar que, con la experiencia de Incallajta, se tiene la seguridad de que, únicamente la Universidad Pública puede cumplir con esta tarea, al no ser una Empresa/ONG u otro, instancias que precisan tener sus ganancias, muchas veces con proyectos ajenos a los anhelos culturales de los actores locales.

A manera de reflexión final, queremos remarcar que si bien en arqueología logramos la aproximación al conocimiento del pasado y debemos transmitir y poner en juego esta información que es altamente deseada por los actores locales –a riesgo de estar equivocados– aprovechamos esta oportunidad para sugerir que, de repente, no es el conocimiento del pasado *en sí* lo que moviliza o dinamiza a las sociedades, sino que ello pasa por una re-creación y apropiación del mismo, de la interiorización del complejo simbólico, jerarquizado con significado propio, pero con anhelos de proyección futura.

Coadyuvar en la gestión, apoyar en la germinación de estos procesos culturales, capitalizar las iniciativas que llevan a los actores locales a realizar sus anhelos es parte de nuestro trabajo, al menos hasta que sean los propios actores locales quienes realicen sus investigaciones desde su propia perspectiva (y puedan institucionalizar su capital cultural en forma objetiva a través de sus propios títulos académicos logrados), aclarando que si bien por el momento esto no se ha dado es por fallas estructurales de todos conocidas que los arqueólogos no vamos a resolver, pero sí –hasta que eso suceda– podemos ir achicando las brechas en la formación e información, con este accionar conjunto en las investigaciones.

NOTA. *Se comunica que al cierre de esta edición, específicamente el 10 de junio de 2011, el Municipio de Pocona ha demandado de la Subcentral Incallajta, la transferencia de la administración y gestión del Monumento Arqueológico Nacional de Incallajta.*

Bibliografía

Abello, Ignacio

1998 Metodologías para la Gestión Cultural. *Formación en Gestión Cultural*. Páginas de la OEI. Entrega junio 1998. Disponible en www.oei.org.co/cultura.htm.

Adorno, Theodor

1984 *Crítica Cultural y Sociedad*. Ediciones Sarpe. Madrid.

Albuquerque, Francisco

1996 *Desarrollo Económico Local y Distribución del Progreso Técnico. (Una respuesta a las exigencias del ajuste estructural)*. Documento L/36 ILPES. Santiago de Chile.

Anderson, Benedict

1997 *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Aparicio, María Elisa; Dip, Susana y Mónica Montenegro

2001 Revalorización del Patrimonio y su utilización como recurso Económico. *Memoria del II Congreso Internacional sobre Patrimonio Histórico e Identidad Cultural*. Universidad Mayor de San Simón, Convenio Andrés Bello, Instituto Internacional de Integración, 69-75.

Arenas, Patricia y Bárbara Manasse

2001 Espacios y Procesos Sociales en Tafi del Valle. *Memoria del II Congreso Internacional sobre Patrimonio Histórico e Identidad Cultural*. Universidad Mayor de San Simón, Convenio Andrés Bello, Instituto Internacional de Integración, 76-83.

Ayala, Patricia

1903 Arqueología y Sociedad: el caso de las comunidades indígenas de Chile. *Revista WERKEN* No.4. Santiago de Chile. Diciembre 2003, 59-73.

Ayala, Patricia; Avendaño, Sergio y Ulises Cárdenas.

1903 Vinculaciones entre una Arqueología Social y la Comunidad Indígena de Ollagüe (Región de Antofagasta, Chile). *CHUNGARA, Revista de Antropología Chilena*. Volumen 35, N° 2, 275-285.

Bourdieu, Pierre

1988 *Cosas Dichas*. España: Gedisa.

Bourdieu, Pierre

1997 *Los Usos Sociales de la Ciencia*. Bs. As.: Ediciones Nueva Visión.

Bourdieu, Pierre

1901 *Poder, Derecho y Clases Sociales*. España: Desclée de Brouwer, S.A. 2da. Edición.

Cox Aranibar, Ricardo

1996 *EL Saber Local. Metodologías y Técnicas participativas*. La Paz: NOGUB-COSUDE/CAF.

Gimenez, Gilberto

1996 La identidad social o el retorno del sujeto en Sociología. *Identidad: Análisis y Teoría, Simbolismo, Sociedades Complejas, Nacionalismo y Etnicidad*. III Coloquio Paul Kirchhoff. UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, DGAPA. México, 11-24.

Gimenez, Gilberto

s/f *Materiales para una Teoría de las Identidades Sociales*. México: Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. (Inéd.).

Guedez, Víctor y Menendez Carmen

1994 Formación en Gestión Cultural. *Memorias del Encuentro Internacional sobre Gestión Cultural*. Santa Fe de Bogota: Colcultura-SECAB.

Hernando, Almudena

1902 *Arqueología de la Identidad*. Ediciones AKAL.

José, Néstor; Rodríguez, Lina; Albeck, María Ester; Chalabe, Susana; Choquevilca, Magda; Losada, Flora y Natalia Solis

2001 Proyecto Quebrada de Humahuaca: Postulación como Patrimonio Mundial. *Memoria del II*

Congreso Internacional sobre Patrimonio Histórico e Identidad Cultural. Universidad Mayor de San Simón, Convenio Andrés Bello, Instituto Internacional de Integración, 92-95.

Licona, Winston

2001 Planificación y Gestión Cultural, conferencia presentada en la Fundación Teatral Kerigma, en el *Proyecto de Formación y Capacitación del Sector Cultural Juvenil para una Escuela Empresa de Creación Artística: CIRCOCIUDAD*. Bogotá.

Lo Celso, Marta; Lescano, Blanca y Elvira Barbarán

2001 Aspectos Sociales del manejo del Patrimonio Cultural. *Memoria del II Congreso Internacional sobre Patrimonio Histórico e Identidad Cultural*. Universidad Mayor de San Simón, Convenio Andrés Bello, Instituto Internacional de Integración, 295-302.

Lumbreras, Luis G.

1981 *La Arqueología como Ciencia Social*. Lima-Perú: Ed. PEISA,

Mamani, Humberto

2001 Puesta en Valor del Patrimonio Cultural de Hornillos. *Memoria del II Congreso Internacional sobre Patrimonio Histórico e Identidad Cultural*. Universidad Mayor de San Simón, Convenio Andrés Bello, Instituto Internacional de Integración, 96-97.

Manizales

2005 Pagina web de la Universidad Nacional de Colombia, sede Manizales. Gestión Cultural y Comunicativa. Entrega marzo 2005. Disponible en www.manizales.unal.edu.co/pc_gescul-com/

Mulvany, Eleonora y Silvia Soria

2001 La Gestión de Recursos Culturales Arqueológicos en Perspectiva Crítica. Proyecto Chivilme: en busca de nuestro pasado. *Memoria del II Congreso Internacional sobre Patrimonio Histórico e Identidad Cultural*. Universidad Mayor de San Simón, Convenio Andrés Bello, Instituto Internacional de Integración, 107-111.

Muñoz, María de los Ángeles

1999 Museos, Cultura y Desarrollo. *Boletín del INIAN-MUSEO U.M.S.S.* Serie Patrimonio Cultural.

1999 Arqueología, Gestión Mancomunada e Identidad: El Proyecto de Investigaciones Arqueológicas Inkallakta, *Memorias del II Congreso Internacional sobre Patrimonio Histórico e Identidad Cultural 2001*. Universidad Mayor de San Simón, Convenio Andrés Bello, Instituto Internacional de Integración, 112-117.

2000 Inkallajta: Arqueología, Desarrollo e Identidad. *Revista: Fundación CULTURAL Banco Central de Bolivia*, Año VI, N° 20.

2006 Gestión Participativa del Patrimonio: Un Caso Boliviano. *CONACULTA-INAH, Serie Cuadernos de Antropología y Patrimonio Cultural 4*, Diario de Campo, junio 2006, México.

2006 Patrimonio Cultural y Desarrollo Local Comunitario. El Caso Incallajta. *Cuadernos de Investigación* No. 1, Serie Patrimonio. Universidad Mayor de San Simón INIAM. Cochabamba, Bolivia.

Muñoz, María de los Ángeles (Coord. Gral.)

2004 Incallajta, Piedra Fundamental del poder Inca en el Collasuyo. *Expediente de Candidatura del Monumento Nacional de Incallajta, como Patrimonio de la Humanidad ante UNESCO*. 5 Tomos. Documento Reservado, presentado por Bolivia en septiembre 2004.

Ottone, Ernesto

1990 Desarrollo y Cultura: Una visión crítica de la modernidad. *Revista de la Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia*, Año III, No. 6. La Paz.

Quintana, Sonia

2001 Patrimonio y Turismo: Una alternativa para el desarrollo sustentable en Humahuaca. *Memoria del II Congreso Internacional sobre Patrimonio Histórico e Identidad Cultural*. Universidad Mayor de San Simón, Convenio Andrés Bello, Instituto Internacional de Integración, 328-332.

Téllez, Juan

2002 Desarrollo Económico Comunitario, en revista *Punto de Partida*. Semanario de la UMSS. Cochabamba: Programa de Gestión Universitaria. Año 2, N° 9. Septiembre 2002.

Turner, Víctor

1980 *La Selva de los Símbolos*. México: Siglo XXI editores. 3ª edición.

Vigliani, Silvina A.

2004 Entre intereses estatales y estrategias de control: el Paisaje como aproximación teórico-metodológica". *Revista Andina N° 39*, 153-178.